Blanco

EL GUAPO RONDEÑO.

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4. ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (4.ª ed.)
El amor constipado. (2.ª ed.)
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (3.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
La córte del rey Reuma.
La niñez engañosa.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobre porfiado.
Las niñas del entresuelo.
El baston y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galan.
Moros en la costa.
Todo por el arte.
¡Si yo tuviera dinero!
Dia completo.
¡Último adios!
La posada de Lucas.
El secreto.
¡Cabeza de chorlito!
El guapo rondeño.

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida. (2.ª edicion.)—Esto, lo otro y lo de más allá —Soledades. (Poesías.)—Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.—Noches en vela, poesías.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.—(2) Idem.
(3) Obra en colaboracion con los principales escritores.

EL GUAPO RONDEÑO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

EUSEBIO BLASCO.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 13 de Febrero de 1884.

Sr. D. Antonio Zamora

MADRID.—1884.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.° 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
CARVAJAL	SR. MARIO.
TERESA	SRTA. FERNANDEZ.
ELOISA	MARTINEZ.
ANDRÉS	SR. SANCHEZ DE LEON.
MANOLITO	ROMEA.
VIDAL	ROSELL.
VAZQUEZ	AGUIRRE.
UN CRIADO	LA HOZ.

ACTO PRIMERO.

Una sala-despacho en casa de Carvajal, amueblada con buen gusto y lujo.

ESCENA PRIMERA.

CARVAJAL, TERESA, ELOISA.

Las señoras entrarán vestidas para salir á la calle.

TERESA. Ea, ya estamos, ¿vienes con nosotras?

CARV. No puedo, hija mia, tengo que esperar á Vidal, que segun su costumbre no llega nunca á tiempo.

TERESA. Anda, ven!

CARV. ¿Qué más quisiera yo? Pero querida, los negocios exigen á veces...

ELOISA. Vaya, bueno, nos iremos solas.

CARV. ¿Á dónde vais?

TERESA. ¿Pues no lo sabes?

CARV. No me acuerdo, y sé que me lo has dicho. Los negocios ..

TERESA. Eloisa se viste hoy de largo y vamos á casa de la modista.

CARV. ¡Ah, sí! Ya, ya estoy.

ELOISA. Ande usted, tio, verá usted qué bien me sienta mi

primer vestido de mujer.

CARV. Ya lo creo que te sentará bien. Á tu edad, y siendo tan bonita como tú...

ELOISA. Gracias, tio.

CARV. No es cumplimiento, sobrinita, te lo aseguro.

TERESA. ¿Y el sombrero, muchacha?

ELOISA. ¡Ah, sí, voy por la caja! (Se va saltando, contenta.)

ESCENA II.

CARVAJAL, TERESA.

TERESA. ¿Sabes que Manolito acaba de entrar?

CARV. ¿Á las diez y media de la mañana?

TERESA. Eso es, á las diez y media de la mañana, lo cual quiere decir que nuestro señor hijo...

CARV. Ha pasado la noche fuera.

TERESA. Justamente. Te parece esto regular?

CARV. Regular... no.

TERESA. He tenido que decirle á su prima que Manolito ha estado velando un enfermo.

CARV. Has hecho muy bien, porque hay que cubrir las apariencias.

TERESA. Sí, pero... ocúpate un poco de esto, eh? Manolito lleva una vida imposible. El *veloz*, las cenas con las... amigas... en fin...

CARV. (Mi vida de hace veinticinco años.)

TERESA. ¿Qué dices tú á eso?

CARV. ¡Pstch! ¡Qué demonio! Todos hemos sido jóvenes.

TERESA. Eres muy débil, Luis, sumamente débil.

CARV. Ya lo sé, pero tú que eres la mamá...

TERESA. Y tú que eres el jefe de la familia...

CARV. Despues de todo, el muchacho tiene veinticuatro años, es rico... se divierte!

TERESA. ¡Pero no tanto... por Dios!

CARV. Tienes razon, mujer, le reñiré. ¿Va con vosotras?

TERESA. ¿De tiendas? Desde que el otro dia le hicimos llevar un paquete, dice que no nos acompaña más.

CRIADO. Este caballero desea ver al señor. (Dando una tarjeta.)
CARV. ¡Vazquez! (Muy contrariado.)
TERESA. ¿Qué es?
CARV. No, nada, una visita...
TERESA. En ese caso nos vamos. ¡Eloisa! (Eloisa viene con una caja de cartón.)
ELOISA. Vamos, tía?
TERESA. Sí, hija, vámonos.
CARV. Adios, Teresa, adios, sobrinita, hasta luego. (Las señoras se van.) Despues de todo, este encuentro tenía que suceder más tarde ó más temprano... Vazquez en Madrid!... en fin, no hay más remedio que recibirle. Diga usted á ese señor que pase. (Se vá el Criado.)

ESCENA III.

CARVAJAL, VAZQUEZ.

VAZQ. ¡Querido Carvajal!
CARV. Mi querido Vazquez!
VAZQ. Vaya, que no esperabas esta visita.
CARV. Seguramente... despues de... espera...
VAZQ. Veinticinco años.
CARV. ¡Cómo se pasa el tiempo!
VAZQ. ¿Verdad?
CARV. ¡Jesús!
VAZQ. ¿Te estorbo? Parece que estás preocupado.
CARV. No, no, es la sorpresa, la agradable sorpresa de verte. lo que ménos me figuraba yo era recibir tu visita. Vaya, vaya con Vazquez?
VAZQ. ¡El antiguo amigo Vazquez! Jé! jé! Vengan esos cinco.
CARV. (¡Vaya no sabe nada, mejor dicho *no supo* nada!)
VAZQ. El buen Carvajal, el *Guapo Rondeño*, como se le llamaba por aquel entónces... era tu mote, y realmente bien puesto, porque eras lo que se llama un real mozo, y todavía estás de muy buen ver.
CARV. ¡Psth! (Pretencioso.)
VAZQ. Como te lo digo.

CARV. Dáme el sombrero, siéntate, hombre, siéntate y cuéntame, á qué feliz casualidad se debe.....

VAZQ. Mi venida á Madrid? Realmente es raro. No sé si sabrás que vivo siempre en Huelva, pero vengo á saber la respuesta sobre la colocacion de Andrés.

CARV. ¿Andrés?

VAZQ. Ayer en el ferro-carril oí pronunciar tu nombre á unos viajeros. Era muy amigo mio, les dije. Me dieron tus señas, y ya que estoy aqui no he querido dejar de darte un abrazo. Así, pues, no me trae otro objeto; de modo que si tienes que hacer, por mí no pierdas tiempo.

CARV. ¡No! Vaya, vaya, vaya! Y cómo fué marcharte á Huelva!...

VAZQ. El clíma de Sevilla no le sentaba á Margarita.

CARV. Á... á tu mujer? Perdona, no te he preguntado por ella.

VAZQ. La pobre...

CARV. ¿Qué?

VAZQ. Murió.

CARV. ¡Ah!

VAZQ. Hace dos años.

CARV. (¡Muerta!) No sabía nada! ¡Válgame Dios!

VAZQ. Sí. Murió la que tanto amé...

CARV. (Pobre hombre.)

VAZQ. Pero tengo un constante recuerdo suyo en Andrés.

CARV. ¡Ah! (Luego era verdad...)

VAZQ. Mi hijo, que ha venido conmigo á gestionar su colocacion...

CARV. (Ya suponía yo...)

VAZQ. Mi hijo Andrés, á quien no conoces; pero como te fuiste de Sevilla una mañana sin decir adios á nadie...

CARV. (¡Un hijo!)

VAZQ. Nos escribiste dos ó tres cartas muy lacónicas. Margarita estaba muy enojada contigo.

CARV. (No ha sabido nunca nada, es indudable.)

VAZQ. Y yo tambien, sobre todo cuando comprendí que mi ruina era la causa de tu desaparacion...

CARV. Te diré...

VAZQ. No, no me digas nada, ya eso pasó. Tú colocaste mal mi escaso capital, te fuiste... ¡bah! yo he rehecho despues mi modesta fortuna: no hablemos más; cuando vengo á verte es porque no te guardo rencor, y porque te conservo el antiguo cariño. Ya sé yo que te fuiste avergonzado; digo, no habrá otro motivo!

CARV. (Nada, no supuso el motivo!)

VAZQ. ¿Verdad?

CARV. Qué demonio, á qué he de negarte... se me hicieron proposiciones ventajosas para un negocio que ha sido la base de todos los mios... (Un hijo!)

VAZQ. Ya, ya sé que estás rico.

CARV. Sí, esta es la verdad, me casé con la hija de un banquero de Valladolid, me establecí aquí, fuí á América, cuadrupliqué el capital, en una palabra, si puedo serte útil...

VAZQ. Gracias, querido, muchas gracias. ¿Tienes hijos?

CARV. Uno nada más, ahora te le presentaré.

VAZQ. Corren voces de que vas á ser diputado.

CARV. Es probable.

MANOL. ¡Papá!

CARV. Ah, ahí le tienes, á ese bribon. ¡Entre usted, jóven! (Entra Manolito, tipo del gomoso en toda la extension de la palabra.)

ESCENA IV.

VAZQUEZ, CARVAJAL, MANOLITO.

MANOL. Señores...

CARV. El señor Vazquez, un antiguo amigo mio.

VAZQ. Que tiene un hijo de la edad de usted, y que por consiguiente tiene el entusiasmo de la juventud.

MANOL. Tengo tanto gusto. Papá nos ha hablado tanto de usted.

VAZQ. ¿De veras?

MANOL. (Ap. á Carvajal.) (Nunca nos has hablado de este tipo, pero eso siempre gusta, eh?)

CARV. (Grandísimo pillo!) ¿Ya estás mirando el reló? Alguna cita, verdad? Alguna bailarina de la Zarzuela, eh? Algun enredo? (Á Vazquez.) ¡No hace otra cosa!

MANOL. Una estrella, papá, lo que se llama en París una estrella! La he sacado yo al teatro, no te digo más.

CARV. ¿No ves?

MANOL. Pero todo eso no vale nada al lado de la pasion, sí, no te rias, la pasion que comienzo á sentir por una... ¡uf! una gran señora... Su marido es amigo tuyo.

CARV. ¡Pero hombre!

VAZQ. Permítame usted, jóven, que le aconseje un poco de prudencia. No hay nada más impropio de un hombre de honor que turbar la paz de una casa.

CARV. No le hagas caso, hombre, no le hagas caso.

MANOL. Como si todos ustedes no hubieran hecho lo mismo. Al fin y al cabo yo seré hombre de órden como papá, me casaré con mi prima y compraré un distrito.

CARV. ¡Y el cuento es que eso es práctico!

MANOL. ¡Digo!

CARV. Lo que no puedo consentir es que vuelva á suceder lo que hoy se me ha dicho.

MANOL. ¿Qué?

CARV. Que no has venido anoche á dormir.

MANOL. ¡Ah! En esa parte soy extraordinariamente reglamentario. Una noche vine á las tres, y á la mañana siguiente, almorzando, me dijiste que á esa hora no se entra en casa.

CARV. ¡Es claro!

MANOL. Anoche oí las tres jugando al *bacurrá*, y me dije: Manolito, ya no es hora de entrar en tu casa. De modo que tú tienes la culpa, yo no hago más que cumplir el reglamento.

VAZQ. No está mal, no está mal.

MANOL. Se vá usted?

CARV. No te vayas, hombre, no tengas prisa.

MANOL. Yo sí que la tengo. Caballero, he tenido muchísimo gusto...

CARV. Supongo qne comerás en casa.

MANOL. ¡Ya lo creo! (No tengo un cuarto...) Conque... señores... (Creí que papá estaría solo, venía á darle un sablazo mortal. Puede decir que ha nacido!)

VAZQ. Vaya usted con Dios.

MANOL. Hasta luego!

ESCENA V.

VAZQUEZ, CARVAJAL.

CARV. ¿Qué te parece?

VAZQ. Mi enhorabuena, querido Luis. Le tienes admirablemente... mal educado.

CARV. ¿Verdad?

VAZQ. Ni de intento se educa peor.

CARV. Qué demonios? es que tú tambien estás anticuado. Madrid no es un rincon de provincia, y hay que dar un poco de expansion á la edad. Mi hijo y yo somos dos amigos, y es un buen sistema, porque de este modo sé todo lo que hace sin que él tenga que ocultármelo, esta es la verdad. Yo tengo en esto mis ideas...

VAZQ. Y yo tengo las mias, porque yo...

CARV. Me vas á hablar de tu hijo. ¿No es eso?

VAZQ. Sí. Mi hijo, en primer lugar, trabaja.

CARV. El mio no, porque tiene de qué vivir.

VAZQ. Tambien Andrés, pero creo que el hombre que no trabaja no es digno de aprecio.

CARV. Segun eso es un jóven modelo?

VAZQ. Oh! sí. Sin vanidad de padre, lo aseguro.

CARV. ¡Ah!

VAZQ. Hasta los trece años lo he tenido en el campo, desarrollando en él la fuerza muscular, aprendiendo las armas, la equitacion, la gimnasia; y así ha afrontado despues sin peligro el trabajo intelectual, que cultiva con gran provecho. Primero hice de él un sér fuerte, despues le hice hombre!

CARV. ¿Y ha salido notable?

VAZQ. Ha ganado todos los primeros premios. Sacó el número uno en la Escuela de Caminos, y ha publicado un libro sobre materias combustibles.

CARV. Aguarda... pues es verdad! Á propósito de un negocio de minas, me han traido ese libro... Andrés Vazquez... eso es! Aquí está!...(Cogiendo un libro de la mesa.)

VAZQ. Cabal.

CARV. (¡Un libro suyo!) (Con mal disimulada emocion.)

VAZQ. ¡Un libro muy notable!

CARV. ¿Qué edad tiene ese jóven?

VAZQ. Veinticinco años.

CARV. (Eso es.)

VAZQ. ¡Un corazon de oro!

CARV. ¿Quieres traerle á comer con nosotros?

VAZQ. ¿Cómo no? Pero oye, tú tendrás gente, nosotros no hemos traido gran equipaje.

CARV. ¡Qué tontería! Vé por él. Se me ha ocurrido una idea.

VAZQ. ¿Qué idea?

CARV. Ya lo sabrás luego. Vé, vé.

VAZQ. Con muchísimo gusto.

CRIADO. El señor de Vidal.

CARV. Ah, Vidal.

ESCENA VI.

VAZQUEZ, CARVAJAL, VIDAL.

VIDAL. Perdona, Luisito, he tardado un poco...

CARV. Hora y media nada más.

VIDAL. Pero es que me ocupaba de nuestro asunto.. Servidor de usted. (Saludando á Vazquez.)

VAZQ. ¡Válgame Dios! ¡No me conoce!

CARV. Bien se vé que no.

VIDAL. No recuerdo...

VAZQ. Fíjese usted bien,

VIDAL. Ah, sí. sí... (Como recordando.)

VAZQ. ¡Vazquez!

VIDAL. ¡Vazquez! ¡Cómo va! Pues ya lo creo! Cómo usted por aquí?

VAZQ. Negocios... y apenas supe las señas de Luis...

VIDAL. Pues ya lo creo, tengo tanto gusto, al cabo de los años mil...

CARV. Anda, vé á buscar á ese guapo mozo, aqui te esperamos, Vidal comerá tambien aqui.

VAZQ. Doble satisfaccion. Hasta ahora!

ESCENA VII.

CARVAJAL, VIDAL.

VIDAL. Pero chico, yo no salgo de mi asombro. Vazquez aquí. en tu casa... al cabo de los años mil y de lo pasado...

CARV. Ya ves.

VIDAL. ¿De dónde sale este hombre?

CARV. De un rincon del mundo. De Huelva, y allá se vuelve en seguida.

VIDAL. Mejor, digo... no sé. Parece que estais en la mejor armonía...

CARV. Sí.

VIDAL. De donde deduzco, que no se enteró.

CARV. ¿De qué?

VIDAL. Ah, te vas á hacer el inocente conmigo? Como que no sabíamos todos... y era bonita su costilla...

CARV. ¿Quieres callarte, bárbaro?

VIDAL. Hombre, entónces eras tú soltero...

CARV. ¡Chist!

VIDAL. Y va á comer aquí ella tambien?

CARV. Vazquez está viudo.

VIDAL. ¡Ah! ¡Mejor!

CARV. ¡Hombre, no seas atroz!

VIDAL. Te quería mucho aquella mujer.

CARV. Mucho. ¡La pobre! ¡Y él tuvo la culpa! Empeñado en tenerme siempre á su lado...

VIDAL. Y ella guapísima y él tan feo... y tú tan buen mozo... y sigue tan feo como entónces...

CARV. En fin, no hay que acordarse de eso.

VIDAL. ¡Por supuesto!

CARV. ¿Qué hay de nuestro negocio?

VIDAL. He visto al Director de la Compañía, que acepta nuestro proyecto, en principio.

CARV. ¿En principio?

VIDAL. Sí, porque ni los terrenos ni la localidad valdrán nada mientras no se haga un ferro-carril, á lo cual se opone la Compañía del Norte.

CARV. Eso es una excusa. Acometeré la empresa solo.

VIDAL. ¿Solo?

CARV. Me sobra capital y medios de vencer á esos judíos. Además, no puedo esperar. Yo no ganaré el distrito sino haciendo lo que he prometido á mis futuros electores.

VIDAL. No basta lo que tienes. Para realizar un proyecto tan vasto se necesitaría un hombre de gran mérito. Un ingeniero jóven, ambicioso...

CARV. Le tengo.

VIDAL. ¿Le tienes?

CARV. Pronto le vas á conocer.

VIDAL. ¿Aquí?

CARV. Aquí mismo. No seas curioso, no tengas prisa.

ESCENA VIII.

CARVAJAL, VIDAL, TERESA, ELOISA.

TERESA. ¿Estorbamos?

VIDAL. ¡De ninguna manera! ¿Como vá, como vá?

TERESA. Gracias, ¿y usted?

VIDAL. Muy bien, buenos dias Eloisita.

TERESA. Comerá usted aquí, ¿eh?

VIDAL. Con mucho gusto.

CARV. Y haz que añadan dos cubiertos más, tengo dos convidados que te presentaré dentro de poco.

TERESA. *Parfait.*

VIDAL. De tiendas, ¿eh?
ELOISA. Si señor, ¡verá usted qué vestido!
VIDAL. Ya... ¿de tiros largos?
ELOISA. ¡Pero si viera usted qué rebonito es!
CARV. ¡Tú sí que eres rebonitísima!
CRIADO. El señor de Vazquez y su hijo.
CARV. ¡Ah! Esperaos un poco. (Á las señoras.)

ESCENA IX.

DICHOS, VAZQUEZ, Y ANDRÉS.

Andrés tendrá el tipo de un muchacho provinciano, pero no en caricatura. Moda atrasada, traje sencillo, modales humildes.

VAZQ. ¡Aquí le tienes! (Carvajal le saluda con cierta emocion.)
CARV. Teresa: te presento á mi amigo Vazquez y su hijo Andrés. Mi señora. Nuestra sobrina.
TERESA. Tengo tanto gusto...
ELOISA. (¡Qué lástima no haber estrenado ya el vestido de cola!)
VIDAL. (Ah... tiene un hijo!) (Con malicia.)
CARV. Excuso decir á usted (Á Andrés.) que aquí encontrará muy buenos amigos.
ANDRES. Mi padre nos ha hablado tanto de usted que su nombre vá unido á mis recuerdos más remotos. Puedo decir que sin conocerle á usted lo conozco, y que, sin saber por qué, le quiero.
CARV. La afeccion de un jóven tan brillante como usted me honra mucho. Aquí está mi mano.
ANDRES. Muchísimas gracias. (Se dán la mano.)
TERESA. ¿Y por mucho tiempo en Madrid?
VAZQ. No, señora, pensamos marcharnos mañana, pero no quise irme sin saludar al que llamábamos en la juventud el *Guapo Rondeño*.
ELOISA. Tan pronto se van ustedes?
CARV. Eso ya lo veremos.
VAZQ. ¿Qué te parece el muchacho?

CARV. (Muy conmovido.) ¡Muy bien, muy bien!

VAZQ. ¿Esta señorita creo que me has dicho que es tu sobrina?

CARV. ¡Esta es la alhaja de la casa!

VAZQ. Sobre todo, parece muy buena, que es lo principal.

ELOISA. Y usted... usted tiene cara de buena persona!

VAZQ. ¿Seremos, pues, amigos?

ELOISA. Con el alma y la vida!

TERESA. ¡Con el alma y la vida! ¿No conoce el valor de las palabras!

VAZQ. ¡Bah! Con un viejo como yo, no importa!

ELOISA. Le digo á usted que los dos hemos de hacer unas migas... muy sabrosas!

TERESA. Ea, dejemos las migas, y vamos á vestirnos para comer algo mejor que eso.

ELOISA. Hasta luégo, señor de Vazquez.

VAZQ. Hasta luégo, hija mia.

TERESA. Hasta luégo.

ESCENA X.

VAZQUEZ, CARVAJAL, ANDRÉS, VIDAL.

CARV. Ya estamos solos. Hablemos pronto y claro. Siéntese usted á mi lado, señor don Andrés...

ANDRES. Si me llamara usted Andrés no más...

VAZQ. Tiene razon, trátale con franqueza!

CARV. Pues siéntese usted, Andrés, y oígame bien atento. Su padre de usted y yo acabamos de hablar de la brillante carrera que usted ha hecho. Parece ser que esperaba usted un puesto importante, y que hoy debían darle una respuesta definitiva.

ANDRES. Sí, señor, y acabo de recibirla.

CARV. ¿Es satisfactoria?

ANDRES. Negativa.

VAZQ. ¿Y por qué? ¡Pícaros! ¡Hacernos venir para eso!

ANDRES. Porque el otro ingeniero es más antiguo y tiene más

condiciones. Sobre todo, cuando le prefieren á mí, es porque valdrá más.

VIDAL. (Es muy simpático este chico.)

CARV. Y esa negativa... no le desanima á usted?

ANDRES. Cuando uno no es rico, no tiene derecho á desanimarse!

CARV. ¡Muy bien!

VIDAL. ¡Muy bien!

VAZQ. (Con satisfaccion paternal.) ¿Eh?

CARV. Pues, mi querido Andrés, yo tengo para usted posicion mejor que esa.

VAZQ. ¡Ah!

CARV. ¿La aceptará usted?

ANDRES. ¿Cómo no?

VAZQ. ¿De qué se trata?

CARV. Yo he comprado hace dos años, cerca de una capital importante, un lote grande de terrenos, á precio ínfimo, porque el suelo allí no produce nada; pero yo me propongo que la comarca, hasta hoy estéril, se convierta en industria fecunda. He hecho una fábrica de fundicion, alrededor de la cual se agrupan ya cientos de casas que empiezan á formar una poblacion de obreros.

VAZQ. (Á Vidal.) Este siempre fué emprendedor.

VIDAL. (Desde que la emprendió contigo.)

CARV. Esto ya es algo; pero no significa nada al lado de lo que yo pretendo realizar. De una aldea he hecho ya una poblacion; quiero hacer una verdadera ciudad. Para esto hay que aumentar la importancia de nuestras fundiciones; en una palabra, crear un gran centro industrial de primer órden. Para esto necesito el concurso de un ingeniero jóven, ambicioso de gloria. ¿Quiere usted prestarme su ayuda?

VIDAL. (¡Ya, ya, ya!)

ANDRES. No sé como corresponder...

CARV. ¿Duda usted de sus fuerzas?

ANDRES. ¡Oh! eso no.

CARV. Entónces...

ANDRES. Es que lo que usted me ofrece es un puesto de honor... y yo... no lo he merecido.

CARV. ¿Qué importa si yo fio en usted?

ANDRES. Pues bien; el reconocimiento se prueba con actos. Lo probaré.

CARV. ¿Cuento, pues, con usted?

ANDRES. Desde este momento.

VAZQ. ¿Y habrá quien sostenga que la amistad es una palabra vana?

CARV. ¡Ah! Se me olvidaba; necesito la aprobacion de mi sócio Vidal. Vidal, ¿apruebas?

VIDAL. Siempre he creido que para estos trabajos necesitábamos gente jóven. ¿Qué edad tiene usted, don Andrés.

ANDRES. Veinticinco años.

VIDAL. ¡Viva la juventud! adelante con ello! Voto la candidatura con muchísimo gusto.

CARV. Mañana, pues, saldrá usted para su destino.

VAZQ. Y yo me volveré á Huelva feliz porque dejo á mi hijo colocado.

ESCENA XI.

DICHOS, TERESA, ELOISA de largo, luégo MANOLITO.

TERESA. ¿Se acabó la sesion?

CARV. Si, hija mia, y te anuncio que desde mañana hay un individuo más en la familia.

TERESA. ¡Ah!

CARV. El señor don Andrés, que vivirá con nosotros, ya en Madrid ó en las obras, supuesto que se encarga de los trabajos.

ANDRES. Señora, su esposo de usted me honra de una manera...

ELOSIA. Que debe usted merecer, porque mi tio es sumamente listo. ¿Qué le parece á usted de mi vestido?

TERESA. ¡Muchacha!

ANDRES. ¡Precioso!
ELOISA. ¿Verdad?
MANOL. ¿Se come en esta casa?
CARV. Ah, ¿eres tú.
MANOL. (Pues señor, la estrella tenía escondido á un procurador en el armario-ropero. Yo hice como que no me enteré y me puse á comer lo que había en la mesa. La chiquilla se echó á reir y me pidió cien duros prestados, y yo le regalé la papeleta de mi sortíja...) Pero observo que no me hacen ustedes caso, voy á hacer un poco de *toilette* y vendré á la mesa. . tengo un hambre atroz.
CARV. Oye, Manuel. Te presento al señor don Andrés Vazquez. Á su padre ya le conoces.
MANOL. ¡*Enchanté*! señor de Vazquez hijo, *enchanté*!
CARV. Es un jóven distinguidísimo á quien pongo desde mañana al frente de los trabajos de mi empresa.
MANOL. ¡Ah! ¿Usted trabaja?
ANDRES. Soy ingeniero.
MANOL. Yo no soy nada.
ANDRES. ¡Ah... de modo que no hace usted nada?
MANOL. Deudas... Y crea usted que es una ocupacion muy penosa.
ANDRES. Tal la creo.
CRIADO. La sopa.
VAZQ. Señora... (Ofreciéndole el brazo.)
TERESA. Debe usted estar orgulloso de tener tal hijo.
VAZQ. ¡Oh, sí!
ANDRES. Señorita... (Ofreciéndole el brazo.)
ELOISA. De modo que se queda usted con nosotros?
ANDRES. Sí, señorita.
ELOISA. ¡Cuánto me alegro!
MANOL. Pasen ustedes. (Bostezando.) Ya se sabe, yo, en perdiendo dinero, un hambre horrorosa!
CARV. Anda, hombre, vamos á comer! (Á Vidal.)
VIDAL. Estoy calculando...
CARV. ¿Qué?

VIDAL. Andrés tiene veinticinco años... eso es! Ya comprendo tu interés. . Andrés es...

CARV. Y aunque lo fuera...

VIDAL. Es verdad, ¿quién lo sabe? Lo cierto es que los pecadillos de la juventud...

CARV. Mira, déjame en paz; come y calla!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon con puerta al fondo que dá á un jardin.

ESCENA PRIMERA.

ELOISA, TERESA, despues MANOLITO.

ELOISA. Cómo pasa el tiempo, verdad tia?
TERESA. ¿Por qué lo dices?
ELOISA Porque...
TERESA. Á ver. acaba!
ELOISA. Porque hace ya tres meses que Andrés se marchó á las obras dichosas...
TERESA. ¡Ah!
ELOISA. ¡Tres meses! Es mucho tiempo, francamente.
TERESA. Cualquiera diría que cuentas las horas.
ELOISA. Y cualquiera tendría razon.
TERESA. Ya, ya. Dos años hace que Andrés forma parte de la familia.
ELOISA. ¡Dos años! Parece que era ayer cuando el tio nos le presentó al convidarle á comer con su padre...
TERESA. ¿Verdad?

MANOL. Buenos dias, mamá. Buenos dias, primita.

TERESA. Buenos dias, Manuel. Ven acá.

MANOL. ¿Qué?

TERESA. ¡Vaya una cara!

MANOL. ¿Qué tiene mi cara?

TERESA. ¡Trasnochadísima! ¿Estás malo?

MANOL. No.

TERESA. ¡La buena vida!

MANOL. ¡Pitsh! Papá estará en el Congreso, eh?

ELOISA. ¿En domingo?

MANOL. Ah, hoy es domingo? No lo sabia.

TERESA. No sabes ni en qué dia vives.

MANOL. Es verdad. El sábado no me acosté, es decir, ayer, cenamos en Fornos... luégo hemos ido á la casa de Campo...

TERESA. Chist!

MANOL. (Y,a si, las conveniencias, la inocencia de la primita...) En fin, he perdido un dineral, mamita.

TERESA. Díme, Manuel, qué te costaría trabajar? Todo el mundo trabaja en la casa, nosotras mismas, ya que no tengamos nada que hacer, preparamos hilas para los hospitales.

MANOL. Sí, si, eso es muy laudable... ya lo creo! Muy laudable!

TERESA. ¿Por qué no tomas ejemplo de Andrés?

ELOISA. Tiene razon la tia. ¡Andrés! ¡Ese es un hombre!

MANOL. Ya extrañaba yo que no habláran ustedes de él!...

ELOISA. Naturalmente, el contraste es tan grande...

MANOL. Voy á ver á papá.

TERESA. No tardará en bajar. Me figuro para qué le buscas; pero debieras pensar que ha pagado ya demasiado por tí en estos dos años y que abusas de su bondadosísimo carácter, no es justo.

MANOL. Lo que yo noto es que papá no es para mí el mismo que ántes.

TERESA. ¡Naturalmente!

MANOL. Si tú quisieras hablarle por mí.

TERESA. Ah! no, de ningun modo.
MANOL. Quédate aquí al menos para ayudarme.
TERESA. Ya debes estar acostumbrado á hacer la constante fórmula con la cual le sacas el dinero...
MANOL. Tampoco tú eres la misma. Todo el mundo me quiere ménos, crees que no lo noto?
TERESA. Ahí tienes á tu padre.

ESCENA II.

DICHOS, CARVAJAL.

CARV. ¿Se supo por fin de Andrés? ¿Ha escrito? ¿Ha telegrafiado?
MANOL. (Andrés, siempre Andrés.)
ELOISA. No, tio, el pícaro no ha escrito hoy nada.
CARV. Es extraño, yo esperaba carta suya ayer tarde.
ELOISA. ¿Quiere usted que vaya á preguntar abajo?
CARV. Sí, hija mia, vé, vé!
ELOISA. ¡Animo! (Ap. á Manolito que estará en la puerta del foro, esperando una ocasion de presentarse.)
MANOL. Espérate, tú tambien me abandonas!
ELOISA. Arréglate tú solo! (Se va.)
TERESA. Al jardin voy, Eloisita. (Levantándose.) Manolito quiere hablarte. (Á Carvajal.)
CARV. Ah! está ahí? (Mirando unos papeles que habrá sobre la mesa.)
TERESA. Sí. (Ap. á Carvajal.) Óyele con paciencia, Luis.
CARV. Comprendo, comprendo.
MANOL. ¿Te vás? (Muy apurado.)
TERESA. Sí, te dejo, arréglate tú solo.

ESCENA III.

CARVAJAL, MANOLITO.

Manolito se acerca muy humilde, con la cabeza baja.

CARV. Usted dirá, señor don Manuel. (Con cierta indiferencia.)

MANOL. (Despues de dudar algunos instantes.) ¿Quieres que te lo diga sin rodeos.

CARV. Sí, mejor será.

MANOL. Se trata de una deuda sagrada.

CARV. ¿Sagrada? Una deuda de juego.

MANOL. Eso es, una deuda de honor.

CARV. ¿Cuánto es?

MANOL. Déjame que me ponga de rodillas...

CARV. No hace falta. Cuánto es! (Muy séco.)

MANOL. Cinco mil reales.

CARV. Voy á traértelos. (Vá hácia la puerta de su cuarto.)

MANOL. ¡Cómo! Así... sin más ni más?

CARV. (Deteniéndose.) ¿Prefieres que te los niegue?

MANOL. No, pero que otras veces, en parecido caso, me los dabas más cariñosamente...

CARV. Ya. Es el sermon cariñoso lo que te falta.

MANOL. Ó el discurso terrible. De un modo ó de otro veía uno algo... en fin, ganaba uno su dinero!

CARV. Es decir, el mio.

MANOL. Eso es, el tuyo.

CARV. Pues esos tiempos se acabaron, renuncia desde ahora al placer de que yo te riña. He resuelto no volver á incomodarme contigo nunca.

MANOL. ¿Y por qué?

CARV. Porque es inútil. Sobre que no puede pedírsele á nadie más de lo que puede dar! Y tú ya no darás más. Tu naturaleza es así. No tienes condiciones más que para divertirte... diviértete, me es igual. Mi caja puede resistir tus deudas... *de honor*; las pagaré. Por consiguiente puedes hacer la vida que quieras, ya lo sabes.

MANOL. Es que eso se parece á la indiferencia, casi al desprecio...

CARV. Como quieras. Voy por ese dinero.

MANOL. ¿De modo que tú no me crees útil para nada?

CARV. Absolutamente.

MANOL. Pónme á prueba y verás.

CARV. El trabajo y tú sois dos enemigos mortales; pero tú naciste así, como otros nacen trabajadores y formales. Ahí tienes á Andrés...

MANOL. ¡Oh! (Con rábia.) Ya hacía tiempo que no hablabas de él... del tal Andrés...

CARV. ¿Le vas á censurar?

MANOL. ¡Díos me libre! Sería como hablar mal de Dios, en la casa. Todo el mundo le adora!

CARV. Esa es la verdad, todos le adoran. Yo le debo mi posicion actual, yo no era más que rico, y su actividad y su mérito me han hecho millonario en dos años. Mejor para tí, así puedo pagarte tus trampas.

MANOL. ¡Papá!

CARV. ¡Es claro!

MANOL. Nunca me has hablado de este modo.

CARV. Francamente, creía que el ejemplo de ese honradísimo y activo jóven te avergonzaría y cambiaría tus costumbres. Te envié durante algun tiempo á la fundicion con él; te aburrías... encontrabas todo aquello muy *cursi*...

MANOL. Pero yo no vine por mi voluntad.

CARV. No; te despidió él, porque ni trabajabas ni dejabas trabajar á nadie. Quisiste llevar una ruleta á la fábrica! Cosas tuyas.

MANOL. ¡En algo se ha de pasar la noche!

CARV. Sí, sí, eso es.

MANOL. Y todos no hemos de ser ingenieros...

CARV. Es verdad; pero si eres capaz de decirme y probarme en qué género de estudios pretendes brillar...

MANOL. Búscame una colocacion, házme tu secretario particular...

CARV. ¿Tú? He visto el otro dia una carta en la que escribes Cristo con Q!

MANOL. Papá, eres muy cruel conmigo, francamente.

CARV. No; hubiera tenido mucho gusto en asociarte á mis negocios, pero renuncio á ello; no hablemos más, y puesto que Andrés va á venir, no nos haces falta.

Nada, nada, diviértete, y haz deudas. No dirás que papá es tirano. ¿Estás contento?

MANOL. No, ni mucho ménos.

CARV. Pues qué más quieres? Es curioso, y no se habrá visto nunca que un hijo se incomode porque su padre le pague lo que debe... ya lo sabes, hasta ocho mil duros anuales puedes disponer. Voy á buscarte ese pico para que tu honor quede á salvo en seguida. Hasta ahora. (Váse.)

ESCENA IV.

MANOLITO, despues ELOISA con cartas y periódicos.

MANOL. Es decír que me tratas como á un cualquiera, que me desprecias porque no sirvo para nada! Pues por qué no me han enseñado algo? Tengo yo la culpa de que se me haya educado asi? ¡Oh! Esto acabará mal, papá no cuenta con mi carácter... pues cuidado conmigo!

ELOISA. ¿Estás hablando solo?

MANOL. No.

ELOISA. Sí, te he oido. ¿El tio te ha negado el dinero, eh?

MANOL. ¡Al contrario!

ELOISA. Entónces.

MANOL. Hubiera preferido una negativa.

ELOISA. ¿Tú?

MANOL. Porque me ha dicho cosas...

ELOISA. ¿Desagradables?

MANOL. No sé. Lo que me disgusta no es lo que se me dice, sino lo que adivino.

ELOISA. ¿Y qué adivínas?

MANOL. (Con amargura.) ¡Prima, aquí nadie me quiere!

EOISA. ¡Qué idea!

MANOL. Ó por lo ménos, no se me quiere como ántes... lo cual viene á ser lo mismo.

ELOISA. No crees...

MANOL. Lo que es papá...

ELOISA. ¡Bah!

MANOL. ¡Y mamá lo mismo. Creelo, estoy de un humor de todos los demonios. Poquito á poco he llegado á ser una persona indiferente á todos... y siento que mi carácter, naturalmente violento, se exaspera, y... quiera Dios que no tengamos disgustos graves!

ELOISA. ¡Qué niñería!

MANOL. Nadie es justo conmigo. Yo no soy malo, y para traerme á buen camino se necesitaría bien poco por parte de quien me quisiera bien...

ELOISA. ¿Por qué no te casas?

MANOL. ¡Verdad! ¿Verdad que yo sabría hacer dichosa á una mujer?

ELOISA. ¿Quién lo duda?

MANOL. ¡Cómo te agradezco lo que acabas de decir! ¡Eloisa!...

ELOISA. ¿Qué?

MANOL. Te acuerdas de nuestra infancia? Te acuerdas cuando yo iba á contarte cuentos para que te durmieras? ¿Eh? La historia del rey que tenía tres hijas... eh?

ELOISA. ¡Já! ¡já! ¡já!

MANOL. Yo me sentaba á los piés de tu camita de niña, y empezaba mi relacion...

ELOISA. Sí.

MANOL. Despues, cuando ya eras más grande, íbamos á la huerta de Villaviciosa... te acuerdas? Allá en la capilla de la casa rezábamos el rosario cogidos de las manos... eh? Te acuerdas tú aún de todo eso?

ELOISA. (Sin ninguna intencion.) Sí, sí, perfectamente.

MANOL. Un dia nos prometimos que cuando fuéramos grandes... nos casaríamos!

ELOISA. Cosas de chiquillos.

MANOL. (Receloso.) ¿Se te han olvidado ya?

ELOISA. Hace tanto tiempo...

MANOL. (Queriendo cogerla la mano.) ¡Eloisa!

ELOISA. El tio Luis.

ESCENA V.

DICHOS, CARVAJAL.

Carvajal trae en la mano varios billetes de banco.

CARV. Ahí tienes eso.

MANOL. Gracias, papá. Ahora, si no te molesta, quisiera hablarte á solas. (Eloisa se retira al fondo á enredar con los pájaros.)

CARV. ¿Una deuda nueva?

MANOL. ¡Oh, no. Es para decirte... que creo haber encontrado digno empleo de mi persona.

CARV. ¿Cuál?

MANOL. El matrimonio.

CARV. Ya. ¿Pretendes casarte?

MANOL. Sí, papá.

CARV. Lo siento por la novia. ¿Quién es la víctima?

MANOL. Mi prima.

ELOISA. (¿Qué estarán hablando?)

CARV. ¿Eloisa? No lo querrá Dios!

MANOL. Hace algun tiempo que te indiqué esta misma idea, y recuerdo que no te parecía mal.

CARV. Pero los tiempos han cambiado.

MANOL. ¿Y por qué?

CARV. Ya hablaremos de eso. Anda, vé á pagar tus cinco mil reales... *sagrados*, eso es lo que corre más prisa.

MANOL. Está b.en. (Contrariado.)

CARV. Anda, anda! (Impaciente.)

MANOL. (¡Oh! siento que la rabia me ahoga!) (Se vá.)

ELOISA. Aquí está el correo, tio.

CARV. ¿Á ver? Un telégrama... ah! Vaya un servicio! Hemos debido recibirlo esta mañana...

ELOISA. ¿De quién es?

CARV. De Andrés. (Leyendo.) «Llegó á las dos.»

ELOISA. ¡Pues ya son!...

CARV. Son las dos y media... corre á avisar á tu tia, yo voy un instante á mi despacho... al fin llegó! (Se vá.)

ELOISA. Las dos y media y cinco, es decir, las dos y treinta y cinco minutos, si el tren ha llegado á su hora... ¡ah!! (Viéndole entrar.)

ESCENA VI.

ELOISA, ANDRÉS.

ANDRES. ¡Eloisa!

ELOISA. ¡Andrés!!

ANDRES. Perdóneme usted si entro así, de rondón, como un salteador; pero la prisa, el deseo... se recibió mi telégrama?

ELOISA. Ahora mismo. Voy á avisar al tio.

ANDRES. ¡Espere usted! (Eloisa se para en la puerta.)

ELOISA. ¿Qué?

ANDRES. Que... que yo esperaba...

ELOISA. Acabe usted.

ANDRES. Esperaba que me tendiera usted la mano...

ELOISA. ¡Oh, sí! (Se dan la mano. Expresion de ternura.)

ANDRES. Gracias, Eloisa, muchísimas gracias.

ELOISA. ¿Por tan poca cosa?

ANDRES. Si usted supiera cómo deseaba volver...

ELOISA. Y si usted supiera... (Arrepentida de lo que iba á decir.) Voy á avisar á la tia!

ANDRES. Iremos los dos.

ELOISA. Está en el jardin... (Se asoma á la ventana y hace señas.) ¡Corra usted! (Figurando que contesta á una pregunta.) Sí, sí, aquí está! Ya sube...

ANDRES. Parece mentira que esté uno aquí, á su lado de usted.

ELOISA. Ya lo creo... tres meses.

ANDRES. Eloisa...

ELOISA. ¡Ahí la tiene usted!

ESCENA VII.

ELOISA, ANDRÉS, TERESA.

TERESA. Bien venido, Andrés, gracias á Dios que ya le tenemos

á usted aquí. (Se dan la mano.)

ANDRES. Señora, usted no puede figurarse lo largo que me ha parecido el camino.

TERESA. ¿Y su padre de usted?

ANDRES. Viene conmigo.

TERESA. ¡Cómo me alegro!

ELOISA. El simpático viejecito...

ANDRES. ¡No tan viejo!

ELOISA. Bueno, yo le llamo así, porque es un modo de hablar más cariñoso.

ANDRES. En el camino se ha reunido conmigo, ha ido á saludar á un amigo, y yo me he apresurado á venir ántes que él, porque tengo algo que decirles á ustedes... á usted sobre todo. (Por Teresa.)

TERESA. ¿Á mí?

ELOISA. Y á todo esto no hay nada preparado para recibir á estos señores...

TERESA. Anda, pues, dá tus órdenes, alójales como quienes son.

ELOISA. ¡Ya lo creo! Hasta luégo, Andrés, bien venido!

ANDRES. Bien hallada, señorita, hasta luégo!

ESCENA VIII.

ANDRÉS, TERESA.

TERESA. ¿Qué es ello, Andrés?

ANDRES. Es muy sencillo, y á la vez muy grave. (Sonriendo.)

TERESA. ¡Hola!

ANDRES. Es... es que he pensado en casarme...

TERESA. ¡Ah!

ANDRES. ¡Y que amo á Eloisa!

TERESA. ¿Quiere usted... casarse con mi sobrina? (Sorprendida.)

ANDRES. Y tratar de hacerla muy dichosa.

TERESA. Querido Andrés, usted sabe que las madres son egoistas, y yo me considero como la madre de Eloisa... pero al oirle á usted, se lo digo con toda sinceridad,

me juzgo muy feliz y no hay á mis ojos partido mejor para mi sobrina.

ANDRES. ¡Ah, señora! yo doy por bien empleados los dos años de trabajo penoso, de contrariedades vencidas, porque la aprobacion de usted es la mayor recompensa que yo pudiera apetecer...

TERESA. Eloisa sabe que usted...

ANDRES. No señora. He hablado de esto anoche con mi padre, y ahora con usted, ántes de dirigirme á ella, porque creo que un hombre honrado, enamorado de una hija de familia, no debe declararse á ella sino con el consentimiento de sus padres, y el dia en que puede probarle su amor, casándose con ella. Ántes no pude arriesgarme á hablar con ustedes.

TERESA. ¿Por qué?

ANDRES. Porque Eloisa era rica, y yo no.

TERESA. ¿Y ahora?

ANDRES. Ahora... he logrado estrechar las distancias...

TERESA. ¿Cómo?

ANDRES. Es mi secreto, es el secreto que traigo á Madrid.

TERESA. ¡Ah!

ANDRES. No se enoje usted: así que don Luis venga, el secreto será revelado.

TERESA. Perfectamente, mi querido sobrino. (Tendiéndole la mano.)

ANDRES. ¿Hablará usted á don Luis de mi pretension?

TERESA. Por qué no usted mismo? Ahí está.

ANDRES. ¡Don Luis!

ESCENA IX.

DICHOS, CAVAJAL y VAZQUEZ.

CARV. ¡¡Andrés!! (Se abrazan con gran efusion.)

ANDRES. Gran prisa tenía de volver.

CARV. Y yo de verle á usted. Más de lo que usted se figura!

VAZQ. Les traigo á ustedes un hombre coronado de gloria!

ANDRES. ¡Padre! (Modesto.)

CARV. Y Vidal? ¿Se queda en la fábrica?

ANDRES. No, ha venido con nosotros, yo creí encontrarle ya aquí, él es quien ha de firmar nuestro compromiso con la Compañía del Norte.

CARV. ¿Qué me dice usted?

ANDRES. Digo que tiene usted su camino de hierro!

VAZQ. ¡Esta era la sorpresa!

CARV. Ha logrado usted...

ANDRES. ¡Todo!

VAZQ. Todo, óyelo bien, todo!

CARV. Pero, cómo...

ANDRES. Merced á un cambio. La Compañía, que era nuestro enemigo mortal, nos permite atravesar su línea á cambio del privilegio de invencion que le vendo y le cedo.

TERESA. ¿Un privilegio?

CARV. ¡Una invencion!

ANDRES. Mejor dicho, un descubrimiento. Á fuerza de discurrir allá en nuestras fábricas, y merced á una combinacion de varias materias que reduzco á pedazos como el carbon, he dado con un combustible tan poderoso como el cok y que cuesta menos. Hemos hecho las pruebas, los resultados son excelentes, el director de la Compañía me ha propuesto la compra, he vendido el negocio futuro, y exigido la transaccion del pleito que usted sostiene con esos señores, y así es que dí mi palabra de que tendria usted el ferro-carril hasta la colonia, y hoy firmaremos!

CARV. Es decir.... que usted... que mi fortuna... que... en fin... (Emocionado, no sabiendo cómo expresar la gratitud, con la voz ahogada por el llanto, se acerca rápidamente á Andrés, le coge la cabeza con las dos manos y le besa en la frente dos ó tres veces, quedando abrazados. Vazquez y Teresa enjugan l s lágrimas con el pañuelo.)

VAZQ. (¡Es muy notable!)

TERESA. (¡Eloisa será muy feliz con él!)

CARV. Andrés, á partir de hoy, voy á deberle á usted mi se-

gunda fortuna. ¿Qué puedo yo hacer por usted?

ANDRES. (Mirando con intencion á Teresa.) Eso... su señora de usted se lo dirá.

CARV. ¿Qué es ello? Habla, Teresa, no sé de qué se trata, pero lo doy por hecho.

ANDRES. Papá, tienes la palabra.

VAZQ. (Á Carvajal.) Pues mira, es bien sencillo, yo no sé haces discursos como tú, yo soy campesino. Andrés está enamorado de tu sobrina.

CARV. (Á Teresa.) ¿Y tú que lo sabes, segun veo, que has dicho?

TERESA. Yo he dicho que me parece admirablemente.

CARV. Y yo... yo se la doy á usted... y la casa entera que me pida! (Estrechándole la mano.)

VAZQ. ¡Malditas sean las dificultades! (En broma y tocando en el hombro á su hijo.)

ANDRES. Gracias, señor don Luis, usted no sabe el cariño que yo le tengo.

CARV. (Muy contento y emocionado.) De veras, Andrés? De veras me quiere usted mucho?

ANDRES. ¡Oh, sí, mucho!

CARV. Vaya usted á llamar á Eloisa.

VAZQ. Ahí viene con el señor Vidal.

CARV. Mejor que mejor!

ESCENA X.

DICHOS, ELOISA. VIDAL.

VIDAL. ¡*Salutem plurimam*!

TERESA. Bien venido.

VIDAL. Ya lo sabrás todo, eh? (Á Carvajal.)

CARV. Si, todo, y estoy loco de contento. Déjanos ahora hablar un momento con mi sobrina. (Se retiran al fondo formando un grupo, Vazquez, Vidal y Andrés, que hablarán de espaldas al público. Carvajal habla un instante al oido con Teresa, para prepararle de lo que hay que decir á Eloisa. Teresa sonrie y dá á entender que ha comprendido la broma.)

CARV. Eloisita.
ELOISA. Tio.
CARV. Ven acá, hija.
TERESA. Ven acá. (La colocan en medio.)
ELOISA. ¿Qué quieren ustedes?
CARV. ¿Sabes lo que acaba de decirnos Andrés?
ELOISA. ¿Qué?
TERESA. Que se va de Madrid.
ELOISA. ¿Por mucho tiempo? (Muy alterada.)
CARV. Para siempre.
ELOISA. ¡Eh! (Conmovidísima.)
CARV. (¡Bien!)
TERESA. (¡Muy bien!)
ELOISA. ¿Y por qué?
CARV. Porque se casa.
ELOISA. ¡Él! (Sumamente emocionada.)
TERESA. (¡Muy bien!...)
CARV. (¡Muy rebien!...)
ELOISA. ¡Se casa! ¡Con quién!
TERESA. Con una muchacha preciosa...
CARV. ¡Á quién quiere muchísimo!
TERESA. Y que le quiere mucho más.
ELOISA. ¡Dios mio!...
LOS DOS. ¿Qué?
ELOISA. ¿Pero... es cosa hecha?
TERESA. Casi. La novia tiene prisa...
ELOISA. ¡Ya lo creo! (Muy afligida.)
CARV. ¿Verdad? Qué mujer no se alegraría de unirse á un un jóven tan notable...
ELOISA. ¡Ya lo creo!... (Queriendo disimular el llanto.)
CARV. ¡Andrés!
ANDRES. Don Luis. (Bajando.)
CARV. (Acercándole á Eloisa.) La personita preciosa es usted, señora doña sobrina...
ELOISA. ¡Ah!
CARV. Dele usted un abrazo, hombre, se lo permito! (Andrés besa la mano á Eloisa. Vazquez se mete entre los dos y dice.)

VAZQ. Si con este motivo le dan á usted ganas de abrazar á algun viejo... aquí hay uno!

ELOISA. ¡Ah, señor don Andrés! (Le abraza. Vazquez le besa los cabellos.)

VIDAL. Pues señor, creo que es el momento de ofrecer mi regalo de boda!

TODOS. ¿Qué es ello?

VIDAL. Un B. L. M. del Ministro de Fomento que desea verle á usted mañana. (Á Andrés.)

ANDRES. ¿Y para qué?

VIDAL. ¡Ah! No sé nada! (Le dá el papel. Andrés y Eloisa suben al foro cogidos de la mano y hablando cariñosamente.)

CARV. Harán buena pareja, verdad? (Á Vidal.)

VIDAL. (Y tú tendrás al chico siempre á tu lado, que es lo que tú quieres, grandisimo pillo!)

CARV. Es verdad, para qué he de negártelo?

VIDAL. Pero ten cuidado... ten cuidado!... ten cuidado!

CARV. Ahora hay que pensar en instalarlos.

TERESA. ¡Ah, sí!

CARV. El cuarto de Manolito es muy grande para él, y luégo él vive en el Casino... le enviaremos al segundo piso y haremos de su cuarto el nido de estos enamorados. ¿Eh?

TERESA. Es que Manolito se vá á desesperar, y como es muy violento...

CARV. Bah! bah! bah! Con tal de que yo le pague sus deudas sagradas...

VIDAL. (Ten cuidado, Luis, ten cuidado!) (Ap. á Carvajal.)

ESCENA XI.

DICHOS, MANOLITO.

MANOL. Señores... ¡oh, señor Vidal! *Well come,* bien venido, cuándo ha llegado usted?

VIDAL. He venido con Andrés.

MANOL. ¡Ah! (De mal humor.)

VIDAL. Sí.

MANOL. ¿Ha llegado Andrés?

VIDAL. Y su padre.
MANOL. Habrá que iluminar á *giorno*?
CARV. Oye, Manolito. La disposicion del hotel vá á cambiar, á ti te será igual vivir en el segundo piso... eh?
MANOL. Igual, no. Mi cuarto es muy bonito, y muy cómodo, no sé por qué...
CARV. ¡Nunca estás en él! (Se vá á hablar con Andrés.)
MANOL. ¡Eso es! Si te parece me iré á las bohardillas... Por qué he de hacer esa mudanza... quién vá á mi cuarto?
TERESA. Andrés.
MANOL. ¡Claro! No sé cómo no lo adiviné... ¡Andrés! De fuera vendrá quien de casa nos echará... oh!...
TERESA. Es que Andrés se casa.
MANOL. ¿Con quién?
ANDRES. (Bajando.) Querido Manuel, muchísimas gracias, su padre de usted me dice que nos cede usted su cuarto de arriba....
MANOL. Si mi padre lo dice. (Muy nervioso.)
ANDRES. (Notando el mal efecto.) De ninguna manera! El cuarto que yo he tenido hasta ahora servirá para dos.
CARV. ¡No, hombre, no, no cabeis allí!
MANOL. No cabeis.. allí? ¿Qué quiere decir esto? Luego es con Eloisa...
CARV. Ven conmigo y verás. (Cogiendo por el brazo á Vazquez y llevándole consigo.) Es un cuarto muy chico!
TERESA. Vamos á verlo, ven, Eloisa!
CARV. Eso es, vamos todos! Verán ustedes.

ESCENA XII.

MANOLITO, ANDRÉS. (1)

MANOL. ¿Conque se casa usted con mi prima?
ANDRES. No lo sabía usted?

---

(1) Es la escena capital de la obra, irónica, violenta, dramática en alto grado.

MANOL. No sabía nada. Verdad es que á mí no se me dice nada en mi casa hace ya mucho tiempo!

ANDRES. Pues... mi padre ha venido exclusivamente á Madrid para pedir á Eloisa. Somos, pues, primos desde hoy.

MANOL. Reciba usted mi más cumplida enhorabuena, de una vez para siempre, porque .. porque no sé si se la podré repetir el dia de la boda.

ANDRES. ¿Cómo así?

MANOL. Tengo pensado irme.

ANDRES. ¿Irse? ¿Y por qué?

MANOL. ¿Por qué? Porque forzosamente he de buscar donde vivir, supuesto que usted ha venido á mi casa á ocupar mi sitio.

ANDRES. ¿Qué quiere usted decir?

MANOL. Lo que digo; creo que no hablo en chino.

ANDRES. ¿Eh?

MANOL. Ahora me explico el tono desdeñoso de mi padre cuando le hablé de mis proyectos respecto de Eloisa· ¿Cómo era posible que le pareciera bien si usted era el futuro esposo de mi prima? ¡Ya veo claro!

ANDRES. No comprendo.

MANOL. Pues es muy fácil de entender. Ántes había aquí un solo hijo... ahora parece que hay dos.

ANDRES. Manuel...

MANOL. ¡Y... cosa extraña! El segundo, el último que llega... sin saber por qué ni cómo... se atrae todas las simpatías... el cariño de todo el mundo... suplanta al hijo de veras, se apodera, no sólo de la familia, sino de la casa... en fin... usted, con ese aire de cartujo, ha venido aquí á echarme... puede usted estar satisfecho!!

ANDRES. Por muy absurdo que me parezca lo que estoy oyendo, no he de perder la calma que preside á todos los actos de mi vida. Las palabras de usted son indignas de una persona bien nacida. Nunca hemos simpatizado, no he de negarlo; pero no esperaba yo que llegáramos un dia á encontrarnos en una situacion que yo no he motivado. Está usted bien seguro de que yo soy capaz de

ocupar el sitio de nadie contra su gusto? Si tal idea ha pasado por la mente de usted, puede desecharla desde ahora. Debo mucho á su padre de usted; pero creo habérsolo pagado con mi trabajo, y con algo que usted no puede comprender, porque nuestras condiciones son muy distintas... Así pues, nada me será más fácil que recobrar mi independencia, y puesto que soy un estorbo á la paz de usted, puesto que segun usted dice he venido á quitarle su sitio... yo tengo mucho gusto en hacer á mi dignidad el sacrificio de mi dicha. Viva usted tranquilo, no he de ser yo un estorbo á su tranquilidad, estoy aquí de más, mañana me iré, no hay para qué echarme en cara mi presencia en la casa.

MANOL. No será usted capaz...

ANDRES. ¿Que no? Amo á Eloisa con toda mi alma; pero ántes de aparecer como intruso, renuncio á su mano y á todo!

MANOL. ¡Basta de comedia, señor mio! El que debe quedarse aquí no soy yo! Si usted se vá, su partida será un luto general en la casa! Pero si el que se vá soy yo, todo el mundo se dará por satisfecho! Pruebe usted á irse y les verá usted á todos afligidos y suplicándole que se quede! Digo, y si saben la causa de su despedida... entónces... darán todos contra mí... por supuesto, que usted me dice eso porque sabe lo que ha de suceder en tal caso!

ANDRES. ¿Luégo supone usted que yo lo hago de mala fé?

MANOL. ¡Sí!

ANDRES. ¡Oh, basta! No le concedo á usted el derecho de insultarme. Si me voy y renuncio á mi felicidad, que más puedo hacer? Debe bastarle á usted. No le permito á usted insultarme como lo pretende, so pena de que tenga que decirle á usted que es un miserable!

MANOL. ¡Eh! (Amenazador.)

ANDRES. Sí, un miserable... lo he dicho y lo sostengo!

MANOL. Por vida de Dios!... (Levanta el baston para pegarle. Andrés le coge la accion, rompe el baston en dos pedazos que le

arroja á la cara, y dice:)

ANDRES. ¡Sí, un miserable y un cobarde!

MANOL. Me dará usted una satisfaccion!

ANDRES. ¡Ya lo creo!

ESCENA XIII.

ANDRÉS, MANOLITO, CARVAJAL. VAZQUEZ, VIDAL, luego TERESA, ELOISA.

VAZQ. Quedamos en que el cuarto es muy grande... pero qué les sucede á ustedes? (Gran rapidez hasta el final.)

ANDRES. Sucede que el señor acaba de insultarme de la manera más indigna, y que uno de los dos sobra aquí... y en el mundo!

CARV. ¿Un duelo? (Muy inquieto.) Cómo es posible...

ANDRES. Sí, señor don Luis, la culpa no es mía, se me insulta, y respondo... Vámonos, padre, vámonos de aquí!

CARV. Pero... explíquese usted... qué ocurre?

ANDRES. Pregúnteselo usted á su hijo. Vámonos, padre, vámonos...

VAZQ. Andrés, hijo mio, oye! (Se vá tras él.)

CARV. Qué le has dicho? ¿Qué le has hecho? (De muy mal tono.)

MANOL. ¡Le he dicho que uno de los dos está demás aquí!

CARV. ¡Cómo! Te has atrevido...

VIDAL. Calma, Luis, calma, ten mucho cuidado...

MANOL. ¡Eso es! ¡Enójate! ¡Pégame! No falta más que eso!

CARV. ¡Quitate de mi vista!

MANOL. ¡Me echan!

TERESA. (Entrando con Eloisa.) ¿Le echas?

MANOL. ¡Oh! (Se vá.)

ELOISA. ¿Pero qué ha pasado?

VIDAL. (¡Lo que yo me temía!)

CARV. ¡Pícaro! ¡Insolente!

ELOISA. ¡Y Andrés se va, tia, se va!

TERESA. No te alarmes...

ELOISA. ¡No que no! Lo he oido bien, van á batirse...

VIDAL. ¡De ninguna manera! ¡Lo evitaremos!

ELOISA. ¡Oh, sí, señor de Vidal... evítelo usted!

VIDAL. ¡No faltaba más!

TERESA. Pero... ¿cómo?

VIDAL. Ya hallaremos manera. ¡Yo corro á buscar á Manolito...

TERESA. Ruéguele usted, evite usted este disgusto!...

VIDAL. Ya lo creo!

ELOISA. Tia...

TERESA. Ven, ven... no te apures... (Se vá con ellos.)

CARV. (Solo.) Oh, no! No es posible... Si se empeña en batirse qué hago yo... Dios mio! qué hago yo... (Queda sentado con la cabeza entre las manos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El cuarto de Manolito. Es un cuarto de muchacho soltero, á todo lujo, en el segundo piso de un hotel particular. Panoplias, bastonera, cama, mesa de escribir, lavabo, etc. Es de noche. La lámpara está encendida.

ESCENA PRIMERA.

MANOLITO, solo, escribiendo.

«Para mi madre.» De modo que si el tipo ese me mata, dejo mis cosas muy en regla. (Vá á la ventana y mira hácia abajo.) Todos deben estar ahí. Nadie me ha visto entrar, la cuestion es que nadie me vea salir... (Llaman á la puerta.) ¡Llaman!...

TERESA. ¡Manuel! (Dentro.)

MANOL. ¡Mi madre!

TERESA. ¡Manuel! ¡Abre!

MANOL. ¿Y por qué no? Así como así, yo no me sentía con fuerzas para marcharme sin abrazarla... (Vá á abrir la puerta.)

ESCENA II.

MANOLITO, TERESA.

TERESA. ¿Hace mucho que has vuelto?

MANOL. No, un instante.

TERESA. ¿Por qué no has bajado? Es que no quieres verme? Todas las noches entras á saludarnos ántes de acostarte...

MANOL. No he querido disgustar á papá. Mi presencia le incomoda, ya he podido verlo.

TERESA. Pero... y yo? (Con ternura.)

MANOL. Es verdad. (Procurando evitar su mirada.)

TERESA. ¿Por qué no me miras, Manuel? No quieres enterarte de que tu pobre madre ha llorado...

MANOL. ¡Oh! no, no quiero saberlo... (Muy conmovido.)

TERESA. ¿Y quién mejor que tú puede secar mis lágrimas, hijo mio?

MANOL. Madre... por Dios, no me aflijas más de lo que ya estoy... Me figuro á lo que vienes... vienes á pedirme que no me bata...

TERESA. ¡Sí!

MANOL. Eso es imposible. Sé lo que vas á decir... el deber, la razon, la conciencia de mi violento modo de proceder, la felicidad de Eloisa... pero ya el mal está hecho; cuando un hombre está en mi caso, no puede retroceder; tú eres mujer, eres mi madre y no puedes comprender eso!

TERESA. No he venido á hacerte cargos, como tu supones. Ya comprendo lo sucedido.

MANOL. ¿Lo comprendes?

TERESA. Sí. Hace tiempo que vives atormentado, mortificado por la idea de que hay otro ser más querido que tú en la casa, y en efecto, las apariencias te daban la razon...

MANOL. ¿No es verdad?

TERESA. Sí, es verdad.

MANOL. He sufrido mucho, madre, mucho! He perdido por completo vuestro cariño! (Llora.)

TERESA. Seré yo, quien tenga que consolarte á ti? (Acercándose á él que se habrá dejado caer sobre la silla que hay junto á la mesa y tiene el rostro cubierto por el pañuelo.) Desahoga tu corazon en el seno de tu madre... acaso puedes dudar de su cariño... acaso una madre ha fingido nunca su

amor? Manuel, ánimo, hijo mio, ánimo!

MANOL. ¡Oh! No puedo más! (Sollozando.)

TERESA. Pensemos en las consecuencias de lo que puede suceder... Si uno de vosotros dos ha de morir esta madrugada... y yo no puedo creer, que seas tú... no! tú no, no lo creo...

MANOL. (¡Pobre madre!)

TERESA. Supongamos que sea Andrés... qué será despues de nosotros? Qué quedará de la felicidad que aquí se respiraba? Para tí un remordimiento eterno, para tu padre y para mí una vejez tristísima, la muerte para ese pobre Andrés, para Eloisa una pena que ha de durarle toda su vida... piénsalo, Manuel, piénsalo con calma...

MANOL, Por Dios... mamá.

TERESA. ¿Qué te cuesta hacer el sacrificio de tu orgullo? Con una sola palabra puedes arreglarlo todo... Has ofendido... reconócelo...

MANOL. (Levantándose airado.) ¡Pedirle perdon! Tú no sabes que aun tengo aquí (Señalando á la mejilla.) el fuego de la ofensa?...

TERESA. Sí, pero...

MANOL. Y quieres que vaya á pedirle humildemente que me perdone?... Luego no vienes aquí por mí, síno por él!

TERESA. Manuel, no confundas los sentimientos de una madre, tu cólera lo confunde todo!

MANOL. Pedir perdon, yo, Manuel de Carvajal!... Harto me habeis dicho que no sirvo para nada, harto sé yo que la educacion que se me ha dado, solo ha contribuido á mi inutilidad, si quereis tambien que me conduzca como un villano... entónces... qué soy yo? Qué me queda? Nada, nada, nada, á las ocho, ó él ó yo!...

TERESA. ¡No! Si se tratara de defender nuestro honor ó el tuyo no vendría yo aquí á suplicarte. Es que has cometido una mala accion, es que has insultado á un hombre de bien, sin más motivo que la envidia; y cuando tu madre te lo ruega con las lágrimas en los ojos, aun te enojas más... y te niegas á darle la calma que te pide.

MANOL. No puedo, madre mia, no puedo!

TERESA. Por tu buen corazon te lo pido, yo sé que no eres malo!

MANOL. No puédo! (Conmovidísimo.)

TERESA. Por tu padre...

MANOL. Mamá!...

TERESA. Por mí!...

MANOL. ¡No!

TERESA. Mírame de rodillas... (Arrodillándose.)

MANOL. ¡Oh!

ESCENA III.

DICHOS, CARVAJAL, que baja rápidamente y la obliga á levantarse cogiéndola por el brazo.

CARV. ¡Cómo! ¿De rodillas? ¡Arriba!

TERESA. ¡Luis!

CARV. Yo he consentido que vengas á suplicarle, pero no á humillarte de ese modo...

TERESA. ¡Está ciego!

CARV. Ve abajo, hija mia, ve. Tú has cumplido ya con tu deber, déjame que cumpla yo el mio. (Teresa se va mirando á Manuel que la mira tambien sumamente conmovido. Escena muda que dejo al reconocido talento de los artistas que han de hacerla.)

ESCENA IV.

CARVAJAL, MANOLITO.

CARV. Ahora, entendámonos los dos.

MANOL. ¡Oh, contigo me siento más fuerte, y ántes de empezar te diré que toda tentativa es inútil!

CARV. Yo no vengo aquí sino á pedirte perdon.

MANOL. (Gran asombro.) ¡Qué!

CARV. Si. No hay nadie más justo que yo. Á pesar de tus lo-

curas nunca has hecho nada grave para que yo deje de quererte. Tú, sin embargo, estabas amargado porque creías haber perdido mi cariño. Tenías razon.

MANOL. ¿Lo reconoces?

CARV. Si.

MANOL. ¡Ah!

CARV. Pero mi afecto hácia Andrés tenía un motivo muy poderoso, que yo debía ocultar, que hubiera ocultado eternamente sin este duelo inesperado.

MANOL. ¡Dios mio!

CARV. Las cosas han llegado á este extremo... fuerza me será decírtelo todo.

MANOL. Si es algo que me aflija aún más... prefiero no saberlo!

CARV. ¿Y qué remedio? No ha bastado á convencerte el llanto de tu pobre madre; será necesario que tu padre venga avergonzado á hacerte confesiones que nunca debieran salir de sus labios! (Sumamente enérgico y conmovido.)

MANOL. Qué puede ser...

CARV. Algo que tú comprenderás muy bien; tú, calavera, loco, que llevas una vida alegre y bulliciosa por exceso de bondad mia.

MANOL. ¿Cómo?

CARV. Díme... (Rapidez.) En el mundo en que vives y donde tanto te diviertes, no has tenido nunca un amigo íntimo, bueno, confiado, leal, que te haya abierto las puertas de su casa sin sospechar que ibas á hacerle traicion con su infiel compañera... como hice yo con el honradísimo Vazquez hace veinticinco años?!!

MANOL. ¡Ah! (Cayendo en la cuenta.)

CARV. Son pecados de la juventud, que se expían más tarde, ligerezas de la vida de soltero, que despues pueden amargar la conciencia del que no es malo... yo engañé indignamente á este pobre amigo, que ignorante de todo, viene ahora á enseñarme como testimonio de mi falta, el honrado hijo que él juzga suyo!

MANOL. ¡¡Oh!! (Sentimiento de horror de lo que puede suceder. Queda

como aterrado.)

CARV. ¿Comprendes ahora mis consideraciones, mi cariño, mi proteccion por Andrés? ¿Comprendes ahora que desee verle feliz porque su felicidad es mi perdon?

MANOL. ¡Mi hermano! (En voz baja, aterrado, mirando al suelo.)

CARV. Ahora, si quieres batirte con él, puesta la mano en el corazon, dímelo con lealtad de amigo. Sepa yo cómo eres!

MANOL. Padre... (Mirándole cara á cara.) Si yo hubiera sabido que te obligaba á contarme tus faltas pasadas... ántes que batirme... me hubiera quitado la vida!...

CARV. Renuncias, en fin?

MANOL. ¡Oh, padre mio! (Se abrazan. Lloran.)

MANOL. (Despues de una pausa.) Soy quien soy. Soy tu hijo y basta. Un... un grandísimo perdido, si quieres; pero no me tengo por malo!

CARV. ¡Oh, no!

MANOL. Lo que te acabo de oir queda entre los dos... Vazquez... mamá... Andrés... oh! no, no hay que dar á entender...

CARV. Tienes razon, eres en el fondo bueno! (Le abraza.)

ESCENA V.

CARVAJAL, MANOLITO, VIDAL.

VIDAL. ¿Abrazos? Entónces esto va bien. ¿Qué hay de duelo?

MANOL. Nada.

VIDAL. ¡Ajá! ¿Pero dónde está Andrés?

CARV. Aquí no.

VIDAL. ¿Cómo no? Habrá bajado entónces por la escalera exterior del hotel á decírselo á su padre...

MANOL. Aquí no ha subido.

VIDAL. ¡Cómo que no? Al mismo tiempo que tú!

MANOL. ¿Andrés?

CARV. ¡Oh... ¡qué sospecha!

VIDAL. y MANOL. ¡Qué! (Va corriendo á la puerta por donde él entró, la abre y aparece Andrés de pié secándose las lágrimas con el pañuelo.)

MANOL. ¡Él!

CARV. ¡Nos ha oido!

ANDRES. Sí, lo he oido todo!

CARV. ¡Jesús!

VIDAL. Estoy. Le has contado á Manuel la antigua historia...

CARV. Era mi último recurso.

MANOL. (¡Pobre muchacho!)

ANDRES. Perdóneme usted... (Avanzando penosamente hasta dejarse caer en la silla.) He debido ya retirarme... pero no tengo fuerzas!... me siento morir!... (Ahora es cuando cae en la silla.)

CARV. Andrés...

VIDAL. Vamos, amigo mio, vamos, ánimo, en estas ocasiones es cuando se necesita!

ANDRES. ¡Por qué me ha traido usted aquí! ¡Por qué me ha protegido usted y me ha dado un puesto en su casa... ¡Oh! Yo no debo estar en ella ni un momento más!...

VIDAL. Andrés... calma...

ANDRES. (Á Carvajal.) Déjeme usted, no se acerque á mí, entre nosotros debe concluir todo. El recuerdo de mi madre nos separa para siempre... Ya la primera impresion pasada... me voy! ¡Paso! señor don Luis... paso!

MANOL. ¡Oh! Eso no puede ser!...

ESCENA VI.

DICHOS, VAZQUEZ.

VAZQ. Conque se hizo la paz? (Muy jovial.)

ANDRES. Mi padre!

CARV. ¡Chist! (Á Andrés.)

VIDAL. ¡Por Dios! (Carvajal se retira á un lado.)

MANOL. Sí, señor de Vazquez, la paz está hecha.

VAZQ. ¡Loado sea Dios! Por una tontería, por un cuarto más ó ménos grande... tenía usted razon, para que todo se acabara había que ponerlos frente á frente... y como son dos corazones de oro... ya sabía yo que todo acabaría en un abrazo! Jé, jé! Bien, muchachos, bien! Pues qué, no hay más que matarse dos hombres? Ahora hay que ir corriendo á decírselo á esas señoras...

ANDRES. ¡No, padre, no vaya usted!

VAZQ. ¿Cómo que no? Á bien que no están impacientes... pero qué pálido estás, Andrés... Tú has llorado!

ANDRES. No, señor...

VAZQ. Si lo estoy viendo! Y ustedes todos... qué caras!... nadie dirá que acabamos de evitar un disgusto... Miren el *Guapo Rondeño* que triste parece... Ó es que la paz no se ha hecho sino de palabra? Vaya, vaya, dénse los jóvenes la mano, y tomen ejemplo de los viejos! (Vá á tenderle la mano á Carvajal, pero Andrés se precipita entre los dos, y dice:)

ANDRES. ¡Oh! No, eso no!

VAZQ. ¿Por qué no?

VIDAL. (Por Dios, Andrés... mire usted lo que hace! (Ap á Andrés.)

VAZQ. ¿Por qué no? Explícate... qué sucede aquí? ¡Ah! Es que no me decís la verdad, es que vais á batiros!

ANDRES. No, padre mio, le juro á usted que no. Vámonos, ya sabe usted que el ministro me ha nombrado...

VAZQ. Sí, sí, para la comision del extranjero, pero...

ANDRES. Como debía batirme con Manuel, no acepté ayer, pero ahora ya soy libre, y luego... Manuel tenía razon, mi situacion en la casa es violenta, todo el mundo murmura... hasta los criados... es mejor que me vaya... que nos vayamos...

VAZQ. Y por eso están todos tristes... Ahora lo entiendo!

VIDAL. Eso es.

VAZQ. Pero... y Eloisa?

ANDRES. ¡Ah! Eloisa!

VAZQ. ¿Vas á renunciar á tu boda?

ANDRES. Así debe ser. (Con un gran suspiro.)

VAZQ. ¿Te has arrepentido? (Á Carvajal.)

MANOL. Sabe usted... mi padre no quiere que Eloisa vaya al extranjero...

VAZQ. Y tiene razon en eso! Mira, mejor será renunciar á la comision, que es muy honrosa y lucrativa; pero que no vale la pena de dejar familia, posicion... quédate y todos contentos!

ANDRES. Ya no...

VAZQ. Tu felicidad está aquí.

ANDRES. ¡Mi felicidad! (Con amargura.)

VAZQ. Deja que tu padre realice su última esperanza, ya ves que no tengo más amor que el tuyo en el mundo.

ANDRES. Oh! sí, lo que usted quiera! (¡Pobre padre!)

VAZQ. Ya has hecho un gran negocio, ya has trabajado estos dos años lejos de mí, yo estoy viejo, no salgas de España, yo vendré á vivir á Madrid, aquí á vuestro lado... La familia... Si no hay más que eso en el mundo! ¿Quieres? Anda, dame ese gusto, no nos dejes!

VIDAL. Ceda usted...

CARV. Andrés, ceda usted.

VAZQ. Pues no ha de ceder si su padre se lo suplica? Vaya, voy por tu mujer... no faltaba más... tonto, tonton!... no te apures por nada... espera un momento. (Besándole en la frente.) Convénzanle ustedes mientras yo voy por mi saladísima nuera! Hasta ahora, hasta ahora!

ESCENA VII.

ANDRÉS, CARVAJAL, VIDAL.

ANDRES. Ya lo ha oido usted. Ya vé la situacion en que me colocan las circunstancias.

VIDAL. Y á esa edad... y rogándole como le ruega, tendrá usted valor para darle una pena mortal? No es mejor

callar, que nada sospeche, que pase su vejez dichoso

CARV. Quédese usted, Andrés.

ANDRES. Á condicion de que mi padre... déjeme usted llamarle así, mi padre es él!... Á condicion de que mi padre viva feliz, yo haré cuanto se me pida.

MANOL. Andrés... (Avanzando hácia él, y despues de un momento, Carvajal se coloca entre los dos.) Andrés, me perdonas?

ANDRES. ¡Oh! ¡Sí! (Se dan las dos manos.)

CARV. Ántes de que Vazquez vuelva, dejadme que os abrace! (Confúndense en uu abrazo los tres.) Y tú que eres el modelo de la generosidad, ayúdame á dar á tu padre la tranquilidad que su edad exije.

MANOL. Contribuyamos todos á ello.

ANDRES. ¡Oh, sí! todos! Pero... no nos obligue usted á vivir juntos! no le dé usted la mano! No puedo!

CARV. Ni una palabra. Sé lo que debo hacer. Lo haré. En Huelva hay minas... allí hay una posicion segura.

VIDAL. Suben!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, VAZQUEZ, TERESA, ELOISA.

VAZQ. Aquí están.

TERESA. Sea enhorabuena. Gracias, Manuel!

ELOISA. ¡Viva! viva! (Tocando palmas y saltando.)

CARV. Querido Vazquez, tu hijo no vá al extranjero.

VAZQ. ¡Ajá! No pido más.

CARV. Se casará con Eloisa, y pasarán su luna de miel en tu casa de Huelva.

VAZQ. Bravísimo.

CARV. (Ap. á Andrés.) (Una vez allí, quedaos para siempre!)

ANDRES. ¡Oh, sí! Para siempre!

CARV. Y todos contentos. (Con un gran suspiro.)

TERESA. ¡Abrace usted á su futura!

VAZQ. Y á todo el mundo!...

MANOL. Yo iré á verles á ustedes...

VIDAL. Pero no pondrás la ruleta como en la fábrica, verdad?

MANOL. Ah, no, se jugará un montecito! Modestito.

TERESA. ¡Loco!

VIDAL. (Ap. á Carvajal.) Nadie más feliz que el que vive siempre engañado!

CARV. Nadie más feliz que el que puede tarde ó temprano reparar sus faltas pasadas!

FIN DE LA COMEDIA.